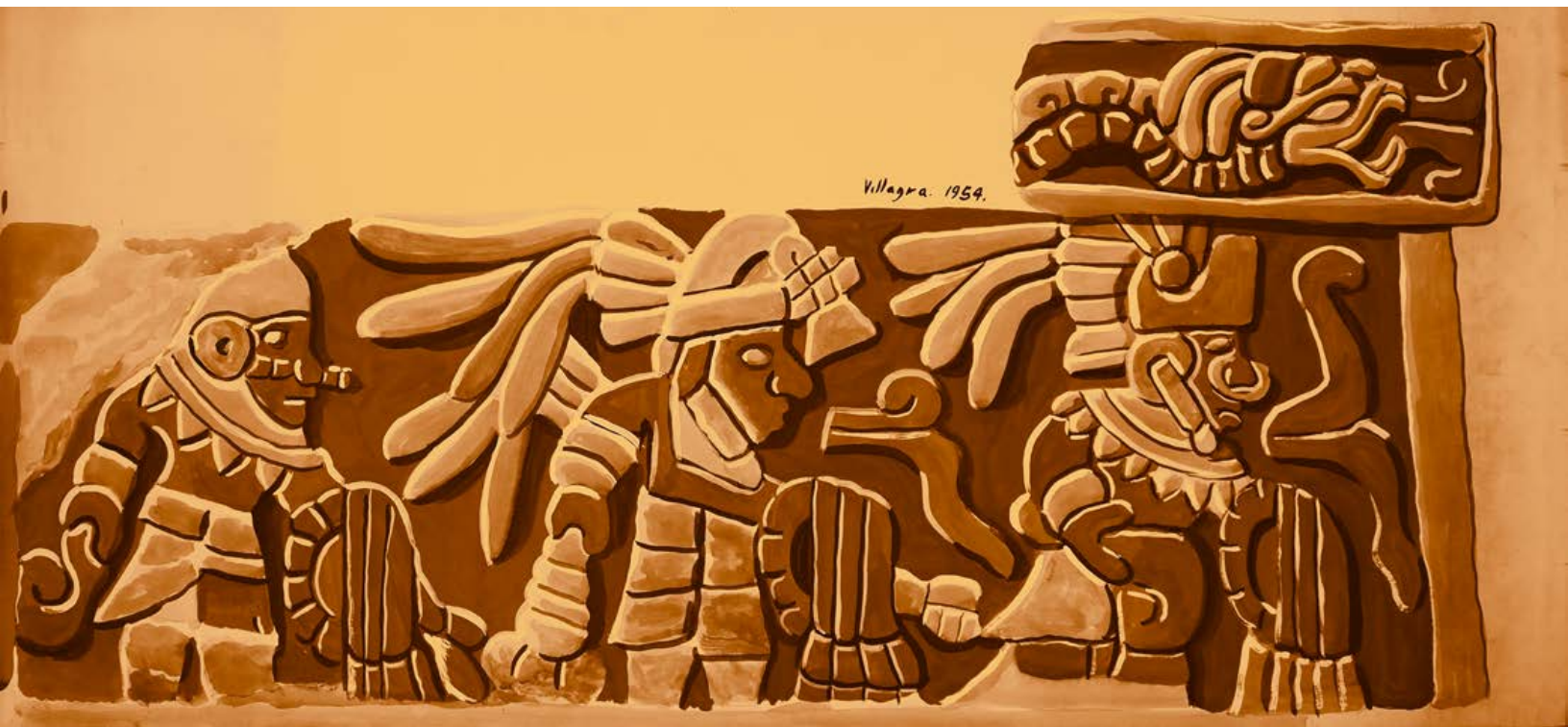




COCARINAH

Boletín del Centro INAH Hidalgo / Cuarto Trimestre, 2022 / Núm. 9



PRESENTACIÓN

El concepto de patrimonio cultural es una construcción histórica relativamente reciente, se comenzó a utilizar de manera universal prácticamente iniciada la segunda mitad del siglo pasado. En el término patrimonial aplicado a los bienes culturales que determinadas sociedades crean, preservan y transmiten de una generación a otra, es su legado histórico y eso les distingue en la diversidad de culturas y formas de ver el mundo; por eso durante mucho tiempo hemos sostenido que el patrimonio cultural de los mexicanos, compuesto por las diversidades y formas culturales regionales y locales, étnicas, populares, tradicionales, etc., nos da identidad como mexicanos. Esta pertenencia no solo territorial y material, es también idiosincrásica, pues se compone de rasgos no palpables como la lengua, los conocimientos, los valores, los mitos, los ritos y formas de ver el mundo; de ahí que se ha optado en el ámbito jurídico de distinguir patrimonio material de patrimonio inmaterial. No obstante, en la práctica, ambas manifestaciones, físicas y simbólicas, son indivisibles, pues los bienes materiales, en la práctica social, siempre llevan aparejado el uso social, es decir la carga simbólica que los pone en valor.

Esta concepción holística de la cultura abordada desde principios del siglo XX por el sociólogo francés Marcel Mauss, con el concepto de <hecho social total>. En esta breve introducción al boletín de divulgación OCARINAH, abordo someramente el tópico para explicar las razones que nos animan para incluir en el número 9 un artículo sobre la celebración del día de muertos en la perspectiva de los otomíes de San Salvador en el Valle del Mezquital. La historiadora Stephany Espinosa, incursiona en la etnografía y nos describe la forma particular en que, en esa región, se lleva a cabo el culto a los antepasados; llama la atención la participación del grupo doméstico ampliado en la elaboración del altar, los guisados, el montaje, la provisión de los materiales e incluso la distribución de las tareas en las que participan mujeres, niños y varones, por lo que, además del culto a los muertos, poner el altar, es un elemento de cohesión familiar y étnica como bien lo especifica la autora.

En otro tema, el arqueólogo Carlos Hernández, aborda en la exposición museística bimensual la elaboración contemporánea de figuras en cerámica llamados en algunos lugares “diablitos”, que remite a los rituales agrícolas propiciatorios de fertilidad y buenas cosechas que se practicaban en la época prehispánica. Subyace en estas ofrendas un culto a la madre tierra y las deidades de la naturaleza, agua, sol, viento, que en conjunción con el trabajo del hombre, se busca influir en las deidades para vernos favorecidos en la subsistencia alimentaria y la sociabilidad del grupo; dones para la Tierra con el propósito de establecer una ética de reciprocidad, una filosofía de la naturaleza muy extendida que fue propia, con sus particularidades, por todos los grupos mesoamericanos y que persiste hasta nuestros días.

Sobre ese mismo tema del culto a los muertos, el arqueólogo Luis Gamboa Cabezas, en su caso, advierte la concepción prehispánica de las entidades anímicas en el ser humano, y el destino que le deparaba después de acontecida su muerte, siendo un privilegio trascender al más allá acompañando al Sol, o en su caso, al inframundo, en la dimensión del Tlalocan, lugar similar a lo que en la ideología cristiana se concibe como paraíso. Esta concepción prehispánica,

amplia y ricamente descrita por el insigne antropólogo Alfredo López Austin, la aterriza el arqueólogo Gamboa al describir las costumbres funerarias en la antigua ciudad de Tula, entierros con ofrendas con un patrón relacionado a la visión del mundo de los toltecas.

En relación a Tula, el arqueólogo Osvaldo Sterpone, es el curador de una pequeña exposición relacionada con la cromática aplicada a los monumentos y esculturas que tuvo la antigua capital tolteca. Una aproximación a la gama de colores que prevalecieron en los edificios y esculturas en Tula (incluidos los llamados Atlantes), a partir de la obra pictórica del maestro Agustín Villagra Caletí, quien trabajó sobre esta recreación artística acompañando el trabajo de campo al arqueólogo Jorge R. Acosta.

Con el número 9 de OcarINAH cumplimos el compromiso de publicar los 4 números del boletín del Centro INAH Hidalgo para este año 2022, asumido como una de las metas de difundir entre la sociedad la labor que realizamos en torno al patrimonio cultural de Hidalgo.

Héctor Álvarez Santiago
Director del Centro INAH Hidalgo



Ofrenda de Todos Santos según las costumbres de los tepehuas de Huehuetla, Hidalgo. Muestra presentada en el Centro INAH Hidalgo en 2019. Fotografía: Centro INAH Hidalgo

CELEBRACIÓN DEL DÍA DE MUERTOS EN SAN SALVADOR, HIDALGO

Marilyn Stephany Espinosa Guerrero

El día de muertos es una tradición de suma importancia para los mexicanos, por lo que el Centro INAH Hidalgo tiene el compromiso de conservar y difundir dicho patrimonio, motivo por el cual, cada año se escoge un municipio de Hidalgo para divulgar las costumbres y tradiciones tan particulares de cada región cultural del estado.

El municipio de San Salvador, se encuentra ubicado en la región del Valle del Mezquital, donde la festividad de “Todos santos” o “Día de muertos” es una costumbre significativa dentro del entramado social y cosmovisión de sus habitantes, quienes se preparan desde meses antes para recibir a los difuntos en sus casas.



“Itacate” presente en la ofrenda de muertos, se muestra la imagen de la persona a quien va dedicado, acompañado de una vela y un ramo de flores.

Fotografía: Marilyn Stephany Espinosa Guerrero

A partir del trabajo etnográfico efectuado en la comunidad de Los Hernández, fue posible aproximarnos al conocimiento de dicha tradición y las etapas del proceso de manufactura.

La festividad en torno a la muerte constituye una práctica cultural, en la cual convergen diversos actores y elementos. Esta, trasciende al tiempo ya que, de acuerdo con la creencia popular, permite la convivencia entre vivos y muertos.

La complejidad de su desarrollo requiere de la minuciosa organización del tiempo y la distribución sistemática de las tareas que convergen en este ciclo ritual efectuado de manera anual, por lo que también funge como un medio de cohesión social entre los pobladores de la comunidad.

El altar de muertos de este municipio se caracteriza por su sencillez y la fuerte carga simbólica de cada uno de sus elementos, ya que no lleva arcos o niveles y se pone sobre una mesa cubierta por un mantel blanco, con un tamaño en proporción a la cantidad de personas que se van a recordar. Otra particularidad es que cada uno de los difuntos cuenta con su “itacate”, es decir, una provisión de alimentos para el viaje, los cuales corresponden a lo que más les gustaba comer en vida, por lo que cada difunto posee una porción de alimentos¹, un ramo de flores y una vela.

Durante y al culminar el proceso de hechura del altar, el incienso no puede faltar ya que es el medio por el cual, según la creencia, llega el espíritu de los difuntos², además de un camino de flor de cempaxúchitl, desde donde está el altar hasta la entrada de la casa para guiarlos.

¹ Que generalmente se componen de fruta, pan de rosca o crucibolas, café, atole, mole con pollo, arroz, tortillas, dulce de calabaza, camote hervido, tamales, etc.

² Por tal motivo, se incienso toda la fruta, comida y en general, todo el altar.



Se observan las distintas fases de la ofrenda con todos sus componentes.

Fotografía: Marilyn Stephany Espinosa Guerrero

El inicio de los preparativos para el arribo de los difuntos comienza el 18 de octubre, día de San Lucas, fecha en la que se coloca un altar para aquellos que murieron en circunstancias trágicas, es decir por causas no naturales.

El altar se prepara con flores del huerto de la casa, por lo que no se pone cempaxúchitl hasta el día 1 de noviembre, se coloca en la mesa un ramo de flores para cada difunto y se le pone una vela, la cual posteriormente es encendida, ya que simboliza la luz que está esperando a que lleguen los muertos. Además, se pone un vaso de cristal con agua bendita y un trasto con sal.

También se le pone un “itacate” en la ofrenda para “los que nadie recuerda”, es decir, para aquellos difuntos que no tienen familia que los recuerde. No obstante, al ser muchos, se toma la vela o cera y se marca con la uña hasta donde le corresponde la “luz” mientras se nombran los difuntos a recordar, hasta que se acaba la cera.

Posteriormente, el 31 de octubre a las 12:00 del día llegan los “angelitos”, es decir, los niños, a quienes se recibe en el mismo altar y con el mismo proceso, se pone una vela y un ramo de flores para cada uno, mientras se dice el nombre del alma a recordar. Esta vez, la flor con la que se hacen los ramos corresponde a una flor de color naranja, conocida como “cempaxúchitl chico” o “flor de angelitos” y en la tarde se ponen tamales. Cuando se acaba de poner el altar “echan cuetes”, para marcar su llegada.

El 1 de noviembre arriban las almas de los

adultos, a quienes se les recibe con nuevos ramos y velas, esta vez con cempaxúchitl grande y el proceso nuevamente es repetido, se prende la luz y se nombra al difunto y en la tarde se ponen tamales calientes. El incienso se prende y se inciensa toda la fruta, comida y todo el altar. Este día no hay cuetes y en la noche acuden a la casa un grupo de personas que saben rezar y se hace un rosario. Terminando, a los rezanderos se les ofrecen tamales y un itacate de la ofrenda de los angelitos que ya se fueron.

El día 2 de noviembre se hacen nuevamente tamales y, al ser el último día, sin la presión de cocinar más alimentos, se aprovecha el tiempo para platicar con los muertos, rezarles y convivir con ellos, hasta las 12:00 del día, hora en la que se retiran y emprenden su regreso al cielo, momento en el que se levanta la ofrenda, se prenden las velas que sobraron y se hace un intercambio de itacates entre familias, además de repartir la comida entre los “rezanderos”, y el campanero del pueblo, quien fue el encargado de marcar la hora del arribo de las almas cada día.

Es muy importante que la ofrenda sea levantada del altar antes de las 15:00 horas, ya que, según la cosmovisión de los habitantes de San Salvador, después de esa hora bajan las “brujas”, almas “amarradas” que Dios tiene castigadas porque hacen cosas malas y chupan la sangre de los bebés, las cuales después de esa hora “se sueltan” y llegan a los altares para lamer todo.

Cabe hacer mención que el altar involucra una serie de fases en las que dependiendo el día se complementan y adicionan elementos al altar. Asimismo, durante todo el proceso, las velas se encienden en la mañana y se apagan por la noche, mientras que, al levantar el altar, las que quedan se siguen prendiendo hasta que se terminen.

Esta tradición comprende una serie de conocimientos, tradiciones, saberes y creencias, además de involucrar a distintos actores sociales pertenecientes a la comunidad, quienes además de ser los encargados de llevarla a cabo, se aseguran de su transmisión a las nuevas

generaciones. Asimismo, es importante señalar el esfuerzo que implican los preparativos para la manufactura del altar, con el objetivo de garantizar que sus difuntos tengan un buen recibimiento y disfruten su estadía.

Por otro lado, la comida es un elemento fundamental dentro de esta tradición funeraria, ya que funge como un elemento que permite dar continuidad a la vida.

En este sentido, la idea de un retorno material por un corto periodo de tiempo, en el que los difuntos pueden regresar a casa, convivir con sus familiares y alimentarse, hace posible, de alguna manera, burlar la muerte gracias a esta corta interrupción en el proceso, lo cual permite, por lo menos una vez al año, desacralizar su noción de perpetuidad.

Desde la perspectiva histórica, conservar las



Proceso de la hechura del altar de muertos, se muestra el incienso, las velas encendidas y todos los componentes de la ofrenda. Fotografía: Marilyn Stephany Espinosa Guerrero

tradiciones, costumbres y prácticas, así como la cosmovisión de los pueblos indígenas es una forma de resistencia, la cual se instaura como un medio para la transmisión de su legado histórico e identitario, por ello, a través de la celebración del día de muertos tiene lugar una resignificación del pasado que a su vez permite la permanencia de la memoria colectiva entre los pobladores de dicha región.

Para conocer más a detalle cómo se efectúa la hechura del altar de muertos de San Salvador, puedes escanear el siguiente código QR y observar la narrativa visual del proceso.



FUENTES:

Cristina Hernández Ramírez, informante de la comunidad de Los Hernández en el municipio de San Salvador, Hidalgo.

Eloy Monter Hernández, autor de la narrativa visual del altar de muertos del municipio de San Salvador, Hidalgo.

BIBLIOGRAFÍA:

Monter Hernández, Eloy. [Eloy Monter] (2018). Todos Santos [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=L9yzKldy7Ng&t=69s>

¿SABÍAS QUÉ?

DIOSES DE LA TIERRA Y DE LA LLUVIA FIGURAS PALULA. MONTIZOMAS O ANTIGUAS PARA LOS TOTONACOS, HUASTECOS Y OTOMÍES.

Carlos Hernández Reyes

En diferentes poblaciones de México aparecen figuras de barro de manufactura reciente de un estilo muy peculiar y que abundan en museos comunitarios y municipales que, el libro *Entre dos mundos: artesanías y artesanías en Guerrero* de las arqueólogas Alba Guadalupe Mastache y Elia Nora Morett, publicado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Universidad Autónoma de Guerrero, refiere que en Palula, municipio de Tepecuacuilco, Guerrero, se elaboran desde hace muchos años figuras de barro de manufactura tosca y mala cocción que tratan de parecer arqueológicas. Por el nombre de la comunidad donde se elaboran las he llamado figuras tipo Palula.

Las figuras se modelan a mano, luego cuando las piezas están todavía frescas se decoran con diseños a base de incisiones, para ello utilizan alambritos que tienen para ese propósito. A decir de las arqueólogas Mastache y Morett, cada persona hace de entre 35 y 40 figuras medianas por semana para después venderlas tanto en algunas partes del estado de Guerrero como en Morelos y Ciudad de México, asimismo, en ocasiones son ofertadas por vendedores ambulantes a los visitantes en zonas arqueológicas asegurando que son piezas originales cuando en realidad se trata de artesanías.

Según la señora Olga Castañeda quien, hace tiempo fuera responsable de la Dirección de Cultura de Acaxochitlán, Hidalgo, en ese municipio, las figuras elaboradas en Palula, son usadas por los chamanes o curanderos en curaciones y ceremonias religiosas de raíces indígenas, solo que aquí son llamadas *antiguas* o *montizomas* por los otomíes, tepehuas y totonacos, quienes las consideran “Señores de la Tierra” y que de ellas depende la salud y, en gran medida la fertilidad agraria ya que intervienen para detener el avance de las plagas

que amenazan los cultivos de maíz; en época de sequía se les implora para que atraigan la lluvia. En la actualidad son objeto de rituales campesinos, llevados a cabo por los pueblos que habitan el sur de la huasteca donde confluyen los estados de Hidalgo, Puebla y Veracruz. Pueblos que comparten un sistema religioso enraizado en el trabajo campesino.



Figura Palula, Montizoma o Antigua. Colección museo arqueológico de Acaxochitlán. Fotografía: Centro INAH Hidalgo

Totonacos, otomíes y tepehuas, consideran a estas figurillas seres anteriores al primer amanecer del mundo, al sol, al maíz y al hombre. El ritual totonaco lo llaman *tawilate* o “ritual para el mundo” y se inicia cuando el curandero recorta los vestidos de papel para vestir las mazorcas, que son la semilla de la futura milpa. Vestir las mazorcas consiste en envolverlas con papel lustre de colores y atarlas con un listón.

Las mazorcas y las *montizomas* se colocan sobre la mesa de ofrenda adornada de flores amarillas con la esperanza de recibir de ellas fuerza y buenas cosechas. Enseguida, los vecinos llevan a cabo la presentación de los pollos que se ofrendarán como alimento para ser preparados en mole y tamales. Para alegrar a las *montizomas* o *antiguas*, les colocan cervezas, refrescos y se les da de beber aguardiente con la creencia de que así las milpas estarán libres de gusanos y plagas. Toda esta festividad se lleva a cabo en un ambiente de alegría general, amenizado por la música tradicional. Cuando termina *tawilate* o “ritual para el mundo” los pobladores aguardan esperanzados el amanecer y el favor de los *Señores de la Tierra*.

Las *montizomas* o *antiguas* cumplen una función religiosa en las comunidades y, como menciona el antropólogo Leopoldo Trejo Barrientos: “Si abrimos los ojos para ver más allá de la fe, apreciamos la misma lógica en el cuerpo de cualquiera de los santos que llenan las iglesias y altares a lo largo y ancho del mundo católico. La madera, el yeso o el plástico que da cuerpo a San Juan Bautista, San Judas Tadeo o a la Virgen de Guadalupe, es tan original como el barro cocido de las *montizomas* o *antiguas* que traen la lluvia a las sierras y valles de la Huasteca meridional”



Exposición: Dioses de la lluvia y de la tierra: Figuras Palula, Montizoma o Antigua.
Fotografía: Centro INAH Hidalgo

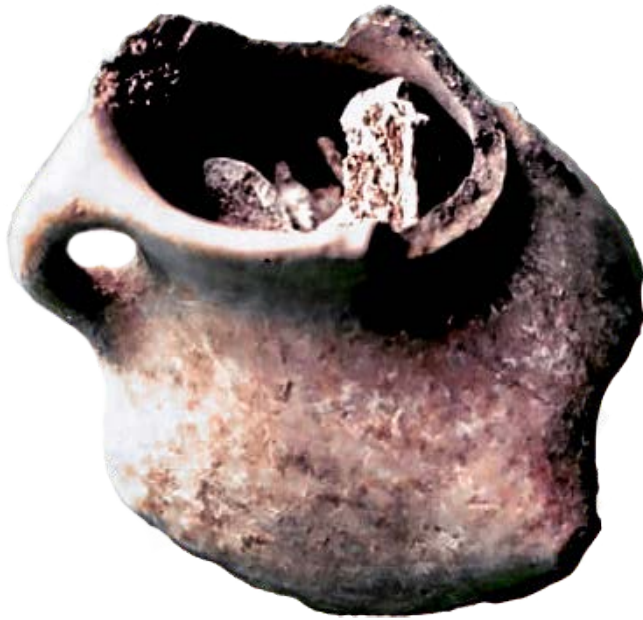
VASIJAS PATOJOS. ELEMENTOS FUNERARIOS LOCALIZADOS EN LA ZONA ARQUEOLÓGICA DE LA PEÑA, ACTOPAN, HIDALGO

Carlos Hernández Reyes

Como parte de las tareas constantes del INAH en materia de registro de bienes arqueológicos, en el año 2006, los arqueólogos Alfonso Torres y Carlos Hernández atendieron una solicitud de registro de una serie de objetos arqueológicos que los vecinos de la comunidad de La Peña, municipio de Actopan, Hidalgo habían encontrado. En esta comunidad se encuentra una zona arqueológica que lleva el mismo nombre, formada por terrazas y montículos con presencia de materiales correspondientes a los periodos Preclásico Superior, Tolteca y Coyotlatelco, y, al suroeste de la zona arqueológica, se ubican algunas casas en cu-

yos patios se han localizado pisos de estuco, cimientos de casas de la época prehispánica, numerosas figurillas, vasijas, artefactos de obsidiana y ofrendas funerarias, entre las que destacan dos vasijas conocidas en la literatura arqueológica como patojos; recipientes en forma de zapato, que, en muchas comunidades eran utilizados en el fogón de las cocinas colocándolos debajo del comal.

Además de su utilidad en las cocinas, las vasijas *patojo* sirvieron también como urnas funerarias, pues Eduard B. Sisson descubrió en el valle de Tehuacán, Puebla alrededor de 40



*Vasija patojo localizado en La Peña, Actopan, Hidalgo.
Fotografía: Carlos Hernández Reyes*

patojos que contenían restos humanos incinerados, por lo que afirma que este tipo de vasijas sirvieron como receptáculo para restos humanos y que su función no era únicamente en la cocina. Los *patojos* encontrados en la zona arqueológica de La Peña aportan información adicional sobre esta función funeraria.

La doctora Evelyn Ratray en su artículo “La cerámica de Teotihuacán” del libro *La Producción Alfarera en el México Antiguo II* publica en la página 191 c., un recipiente *patojo* que tiene como rasgo distintivo pequeños soportes cónicos y considera que es teotihuacano. Por su parte, el arqueólogo Juan Carlos Equihua, en las exploraciones que llevó a cabo en Tizayuca, Hidalgo, localizó varias vasijas *patojos* teotihuacanos pertenecientes al periodo Clásico que tenían incisiones para representar caritas de animales.

Los recipientes *patojos* existieron desde el Preclásico en casi toda Mesoamérica, tanto en el Altiplano Central, en el valle de Tehuacán, en la Huasteca, en Oaxaca y ahora se localizaron en el municipio de Actopan, en el Valle del Mezquital, sin embargo, en el estado de Michoacán es donde se han encontrado los *patojos* estéticamente más logrados y decorados con pintura, por lo que suponemos en

este caso que, más que una función utilitaria, tuvieron una función decorativa o hasta ceremonial.

Es preciso mencionar que este tipo de recipientes en forma de zapato, no son exclusivos de las culturas de Mesoamérica, ya que también han sido localizados en Sudamérica en la cultura Tairona de Colombia, en la cultura Diaguita de Chile y en el noroeste argentino.



*Vasija patojo localizado en el patio de una casa de la comunidad de La Peña, Actopan, Hidalgo.
Fotografía: Carlos Hernández Reyes*



INAH FORMA

HALLAZGO ARQUEOLÓGICO. EL CULTO FUNERARIO EN LA ÉPOCA PREHISPÁNICA Y COLONIAL

Luis Manuel Gamboa Cabezas
Martha García Sánchez

Después de la conquista de México-Tenochtitlan por los españoles, los misioneros religiosos comenzaron un proceso de evangelización introduciendo el catolicismo y la cultura occidental sobre los pueblos indígenas del territorio de lo que sería el Virreinato. El esfuerzo por conocer el pasado indígena lleva a recuperar las fuentes etnohistóricas que permiten comprender las costumbres y rituales de inhumación de un cuerpo humano.

La práctica en la época prehispánica consistía en un ritual de cremación o enterramiento. Los gobernantes, comerciantes y guerreros eran cremados y sus restos se guardaban en vasijas; los demás eran amortajados con telas y depositados de forma directa en sus casas, para ello, rompían los pisos para introducirlos y colocarlos en forma flexionada con algunos objetos cerámicos y líticos.

Cuando los misioneros, durante el siglo XVI, comenzaron a tratar a los grupos indígenas notaron que tenían una concepción anímica del cuerpo humano que difería del español. Se concebía que las entidades que daban vida al hombre se relacionaban con *yolia*, que era el corazón, asociado a la vitalidad, emoción, acción, movimiento, memoria y energía individual; el *tonalli*, que se consideraba estaba en la mollera, de donde salía el calor de vida y que dependía de la hora y día de nacimiento del individuo; y en el *ihiyotl*, que era el hígado, órgano en el que se encontraban las sensaciones y emociones que daban vida al hombre por el aliento, sopro o viento.

Al morir el cuerpo, que era algo cotidiano, los estados anímicos se separaban; el cuerpo era tratado dependiendo la forma en que murió y la posición social, económica o política del individuo. Los lugares a donde llegaba el indi-

viduo podía ser el *Tonátiuh Ilhuícac*, también llamado *Omeyocan*, que era el lugar donde habitaba el sol, y su casa era grande como el espacio en el que se mueve, desde la aurora hasta el crepúsculo, lugar de quienes morían en guerra o parto; el *Tlalocan*, donde estaban los *tlaloques*, lugar lleno de alegría, sin penas, en donde nunca faltaban los alimentos, animales, vegetación y agua, ahí llegaban los ahogados; el *Mictlán* era donde llegaban todos los de muerte natural o por accidente, era un lugar oscuro y de difícil acceso, para lograr estar con *Mictlantecuhtli* que lo llevaría a un viaje de siete años.

Al final, la muerte no era el fin, se creía en el renacimiento, del cual nacía la dualidad y un sinnúmero de fiestas para celebrar a los muertos que duraban hasta ocho meses tales como: *Toxcatl*, *Tlaxochimaco* o *Miccailhuitzintli*, *Xocolhuetzin*, *Ochpaniztli*, *Teotleco*, *Tepeilhuitl*, *Quecholli* y el *Panquetzaliztli*.

La arqueología ha demostrado que los datos etnohistóricos se pueden presentar en el registro arqueológico, logrando tener información de los sistemas de enterramiento, rituales que se realizaron y los tipos de ofrendas que los acompañan.

En la época colonial con la introducción de otros elementos anímicos como el espíritu, alma y cuerpo cambiaron los rituales y formas de enterramiento.

El cuerpo se redime, para que el alma se salve, mediante la conversión y aceptación de Cristo. Las costumbres indígenas comenzaron a ser erradicadas y se busca que se acepten las nuevas normas para el descanso del cuerpo y la creencia en un más allá que depende de su comportamiento en vida, de manera que, puede tener el premio de ir al cielo o al infier-

no. Se dice que los primeros ritos funerarios llevados a cabo por los indígenas en el siglo XVI era ser enterrados en un lugar sagrado, para esto se requirió que el indígena fuera converso al cristianismo, así que, independientemente de sus características biotipológicas, si este aceptaba, su cuerpo descansaría en tierra santa.

En Tula de Allende, Hidalgo, se han descubierto entierros humanos que corresponden a la época colonial; la ubicación de estos hallazgos podría indicar los límites de la Villa de Tula, lugar en el que se enterraban a los primeros cristianos como señal de humildad, en el sitio donde había un camino conocido como Las Cruces, que era el acceso al hoy

puente moderno llamado Zaragoza. Realizar los entierros en las afueras de las demarcaciones y en los caminos, era porque las sepulturas servían como monumentos funerarios que permitían recordar a los viajeros y caminantes la miseria de la condición humana.

Al oriente de la ciudad actual de Tula, en el área que corresponde a la Unidad Habitacional PEMEX, se recuperaron cuatro cuerpos humanos, los cuales, durante la intervención de rescate, se registró su estado de conservación y deposición. Los cuatro estaban extendidos de forma ventral, orientados de poniente a oriente (cabeza-pies). Las extremidades superiores e inferiores estaban cruzadas y asociados algunos fragmentos de cerámica colonial.

Estos entierros son un descubrimiento de importancia para tratar el tema funerario y lo que se estaba suscitando en un proceso de cambio entre la época prehispánica y la colonial. La llegada de nuevas formas de tradición mortuoria y las implicaciones sociales que llevaron a aceptar los cambios. Estos individuos podrían tratarse de indígenas, ya que se observa el tratamiento de deformación craneal anular y dos de ellos presentan los dientes incisivos superiores limados. ¿Será acaso los primeros indígenas conversos al cristianismo en época colonial?

En estos momentos, solo son trabajos de in-



*Restos de un Individuo que presenta una posición extendida con orientación poniente- oriente.
Fotografía: Luis Gamboa Cabezas*



*Lugar del descubrimiento de restos óseos correspondientes a cuatro individuos depositados de forma directa.
Fotografía: Luis Gamboa Cabezas*

vestigación preliminares, pero consideramos que, para el siglo XVI, los entierros humanos ocuparon espacios fuera de la ciudad con el propósito de alejar la descomposición, fetidez y podredumbre, quizás para evitar un

problema de salud. Los entierros hallados son una muestra de estos eventos históricos suscitados, en un área donde se consideraba que no había nada por hacer en arqueología histórica.



*Proceso de excavación para la recuperación de los restos arqueológicos.
Fotografía: Luis Gamboa Cabezas*

DESTINAH



LAPIDARIA TOLTECA. PAPEL Y PIEDRA. UNA EXPOSICIÓN TEMPORAL

Oswaldo Sterpone

En esta edición de OCARINAH, compartimos con los lectores una invitación para que nos acompañen en el homenaje a manera de reconocimiento al maestro Agustín Villagra Caletí, tlacuilo a quien el Instituto Nacional de Antropología e Historia, encomendó captar y reflejar las imágenes en el campo artístico pictórico prehispánico, habiéndose convertido su obra en una herramienta, la cual contribuye a desentrañar los ámbitos de la memoria en las poblaciones mesoamericanas.

Gracias a la reseña biográfica publicada por la Dra. Leticia Staines Cicero, sabemos que el acervo de la obra de Agustín Villagra Caletí, compuesto por 150 rollos y carpetas, entre los que se encuentran dibujos a línea, reconstrucciones a color, dibujos a escala y calcas, son resguardados en el Fondo Reservado de la Biblioteca Justino Fernández, del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM. Sin embargo, es de notar que las imágenes

documentadas de la Zona Monumental Arqueológica de Tula se encuentran en la Biblioteca Antonio Peñafiel ubicada en el Ex-convento de San Francisco, Pachuca, estado de Hidalgo.

Mediante la iniciativa de las áreas de Difusión, Museografía, Conservación e Investigación del Centro INAH Hidalgo, a partir del día 30 de noviembre de 2022, se presenta la exposición de tres retratos elaborados por el maestro Villagra Caletí, resultado de la documentación realizada durante el año de 1954, en la Sala 2 del llamado Palacio Quemado o Edificio 3 de Tula. En ese lugar, el equipo de trabajo encabezado por el Arqueólogo Jorge Ruffier Acosta había puesto al descubierto una banqueta, un asiento corrido con respaldo construido con mampostería alrededor de todo el espacio de la sala. En un tramo de la banqueta ubicada en el acceso, y en otro que se encuentra hacia la esquina Noroeste de la sala, aparecieron los frisos y



Reconstrucción a color de una banqueta de la Zona Monumental Arqueológica de Tula elaborada por Agustín Villagra Caletí. Fotografía: Heladio Vera Trejo

cornisas esculpidos en cantera. Correspondió a Don Agustín, el tlacuilo, quien guardando la proporción 1:1, trasladó al papel la hilera de siluetas y expresiones de varones con sus coloridos atuendos y atavíos, dando una sensación de movimiento, y siendo acompañados por serpientes suspendidas y ondulantes por encima de sus cuerpos, exaltadas con llamativas combinaciones de rojo con blanco, y de azul con amarillo.

Quienes nos acompañen en esta exposición, no solo tendrán oportunidad de apreciar la puesta en valor de los trazos y colores plasmados por Don Agustín, sino que, además, se compenetrarán con los antecedentes histórico-arqueológicos que llevaron a los alarifes Toltecas a trasladar a la piedra elementos iconográficos que permeaban sus ciencias y cultura. Intentaremos ofrecer una experiencia de inmersión para quienes se presenten a la exhibición, procurando introducir a los espectadores en el ambiente del Tecpancalli de Tollan, siendo los atributos principales de la muestra: el lugar, el tiempo, el diseño y los procesos arquitectónicos que le dieron forma al núcleo del asentamiento tolteca. Los esperamos, no falten...

HORARIO DE ATENCIÓN

Abierta al público de lunes a viernes de 9 a 16 h.
Entrada gratuita

Servicios

Visitas guiadas previa cita.

Ubicación

Casasola s/n, Exconvento de San Francisco, Col. Centro, Pachuca, Hidalgo.

Contacto

Centro INAH Hidalgo
Tel. 7717143520, 7717143989
ext. 228013 y 228080
difusion.inahhgo@gmail.com



Agustín Villagra Caletí. Fotografía del Fondo Agustín Villagra, proporcionada por el Instituto de Investigaciones Estéticas UNAM



Dibujo de un fragmento del gouache elaborado por Agustín Villagra Caletí de una de las banquetas de la Zona Monumental Arqueológica de Tula.

NOVEDADES BIBLIOGRÁFICAS

Hidalgo a través de su cocina.

Coordinador: Raúl Guerrero Bustamante

Colaboradores: Ma. Isabel Saldaña, Yesenia Peña, Ixachi Cravioto, Arturo Castelán, Aquiles Chávez, José Iturriaga, Marco Buenrostro, Arturo González, Ulises Chávez, Marianne Tousseint, Cristina Martínez, BeTo Lanz y Leticia Romero
Editorial Milenio. 2022



Trabajo editorial que fue el ganador del segundo lugar en la categoría de Mejor Libro de Historia Culinaria en la Feria Mundial de Libros de Cocina (World Cookbook Fair-Gourmand International), en Suecia 2022.

En sus 320 páginas recopila los sabores de las diez regiones geoculturales del estado de Hidalgo y además de compartir recetas de algunas de las delicias de la cocina tradicional hidalguense, muchas de ellas realizadas con ingredientes propios de cada región, también se comparten técnicas y procesos de preparación, asimismo, se aborda la historia de la cocina hidalguense, se hace un reconocimiento a las cocineras tradicionales, así como un recorrido por la cultura viva a través de las ferias y muestras gastronómicas que se llevan a cabo en la entidad.

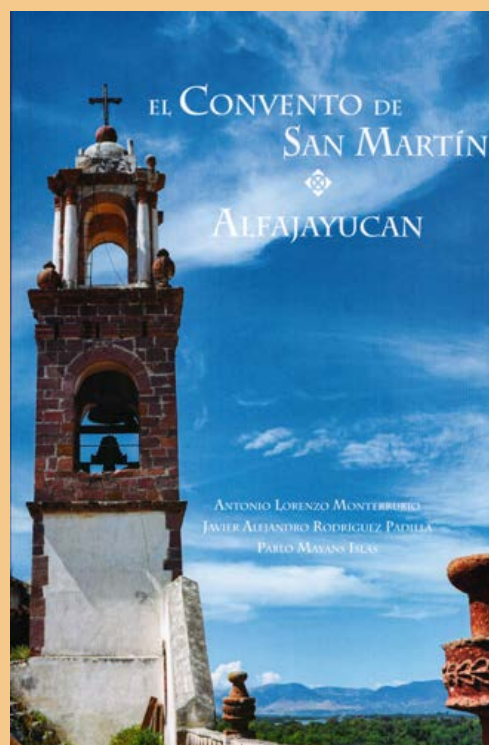
El Convento de San Martín Alfajayucan.

Autor: Antonio Lorenzo Monterrubio

Fotografías: Javier Rodríguez Padilla

Edición y diseño: Pablo Mayans Islas

Mina Editorial. 2022



“El Convento de San Martín Alfajayucan”, es un libro que nos muestra esta magna obra construida por los franciscanos entre 1558 y 1585 mediante un recorrido por los espacios que lo componen, iniciando desde luego por una breve reseña histórica de la fundación del municipio de Alfajayucan para posteriormente dar paso a la disposición general del inmueble como son la portada del templo cubierta por cantera de color rojo, la capilla abierta, el templo de bóveda de cañón y las pinturas y esculturas que ahí se resguardan; ya en el interior del convento se abordan los temas acerca de los claustros bajo y alto, los pasillos interiores, así como de las pinturas murales; para deleitarnos, los autores también nos comparten magníficas fotografías panorámicas de la demarcación.

INAH – COMPARTE

Pachuca, a lo largo de su historia, ha tenido varios panteones. Durante el virreinato, los espacios sacralizados para dar “cristiana sepultura” fueron los atrios de los templos de la Asunción y San Francisco, el de la capilla de la Santa Veracruz y el del hospital de San Juan de Dios, aunque también se sepultaba al interior de estos recintos religiosos, como ha quedado demostrado con diversos hallazgos y evidencias documentales. En el último tercio del siglo XVIII y durante el siglo XIX, se prohibió se sepultara en el interior de los templos y se suprimieron los panteones atriales, como sucedió con el de San Francisco clausurado en 1886 por las autoridades municipales de Pachuca.

En 1864 ya funcionaba el panteón de los Barreteros, anexo a una capilla, que años más tarde fue remodelada con la advocación de Nuestra Señora del Carmen. Al nacionalizarse los bienes del Colegio de San Francisco, una fracción de su extensa huerta se habilitó para convertirse en el panteón de San Rafael que funcionaba todavía a finales del siglo XIX. El panteón civil de San Bartolo, fue abierto el 1 de enero de 1901, aunque los trabajos para habilitar el terreno como cementerio se iniciaron en septiem-

bre de 1898, junto con la construcción de la enorme barda que le circunda. Su portada es de corte neoclásico. Fue construida con cantera de Tezoantla, siguiendo el diseño del ingeniero Porfirio Díaz Ortega e inaugurada el 3 de noviembre de 1902. Las esculturas del conjunto arquitectónico representan las tres virtudes teologales: la Caridad que remata al centro la portada, en tanto la Fe y la Esperanza se encuentran en los nichos laterales, arriba de éstos se encuentran las letras griegas alfa y omega, símbolos del principio y fin de nuestra existencia.



Portada del panteón de San Bartolo de Pachuca.
Fotografía: José Vergara Vergara

DIRECTORIO INSTITUCIONAL

DIEGO PRIETO
DIRECTOR GENERAL INAH

JOSÉ LUIS PERÉA GONZÁLEZ
SECRETARIO TÉCNICO

RENÉ ALVARADO LÓPEZ
COORDINADOR DE CENTROS INAH

BEATRIZ QUINTANAR HINOJOSA
COORDINADORA NACIONAL DE DIFUSIÓN INAH

HÉCTOR ÁLVAREZ SANTIAGO
DIRECTOR CENTRO INAH HIDALGO



Centro INAH Hidalgo
Casasola s/n, Exconvento de San Francisco
Col. Centro, Pachuca, Hidalgo.

Teléfonos: 771 714 3520 y 771 714 3989
Ext. 228001, 228002 y 228013

Correo electrónico:
difusion.hgo@inah.gob.mx
difusion.inahhgo@gmail.com

Centro INAH Hidalgo
Consulta nuestra versión digital en:
<https://www.revistas.inah.gob.mx/>

COMITÉ EDITORIAL

HÉCTOR ÁLVAREZ SANTIAGO
DIRECTOR CENTRO INAH HIDALGO

JOSÉ VERGARA VERGARA
PROFESOR INVESTIGADOR
COORDINADOR

SERGIO CAMARENA VILLASEÑOR
ARQUITECTO PERITO

SANTIAGO SOTO URRUTIA
RESTAURADOR PERITO

ANDREA MARTÍNEZ HERNÁNDEZ
MAQUETACIÓN Y DISEÑO